

## San Agustín y la vida contemplativa

Cuando san Agustín recibió el bautismo la noche de Pascua del año 387, tenía en su mente el propósito de consagrarse totalmente a Dios en la vida monástica, en un estilo de vida que hoy podríamos calificar de vida contemplativa. Algunos especialistas catalogan el momento del bautismo de san Agustín como el instante en el que se dieron simultáneamente en el **Doctor de Hipona** dos conversiones, la conversión total a la vida cristiana y, por otro lado, la conversión a la vida monástica.

Con este proyecto en mente, san Agustín regresó al norte de África en el 388, después de la muerte de **santa Mónica** [san Agustín tuvo que permanecer en Italia durante casi un año después de la muerte de santa Mónica, ya que la navegación marítima se había suspendido en el año 387 debido a la guerra civil provocada por el usurpador **Magno Máximo**]. En el 388, ya en África, después de una edificante y rica permanencia en **Cartago**, donde conoce al entonces diácono **Aurelio** de Cartago, que llegará a ser el obispo de esta ciudad e invaluable compañero de fatigas, san Agustín se estableció en **Tagaste**. En lo que había sido la casa familiar fundó el primer monasterio agustiniano con el grupo de amigos que le acompañaban, y con su mismo hijo **Adeodato**.

### ***Primer monasterio: el sueño contemplativo***

En este primer monasterio agustiniano la vida giraba en torno a cuatro ejes principales: la **contemplación**, la **vida comunitaria**, el **estudio de la Biblia** y el **trabajo manual**. No quedaban excluidos momentos de encuentro con una clara finalidad pedagógica, en los que los mismos monjes interrogaban a san Agustín sobre diversas cuestiones y donde juntos discutían sobre estos temas, sin estar excluidos los argumentos filosóficos, pero ya marcados fuertemente por la reflexión cristiana y bíblica. Todo ello queda manifiesto en algunas de las obras que conservamos de este momento de la vida de san Agustín, como son, entre otras, el *De Moribus ecclesiae catholicae*, el *De diversis quaestionibus* (1-17) y el *De Genesi adversus Manichaeos*, que sería el primero de los diversos comentarios que escribió sobre los primeros capítulos del libro del Génesis.

La vida del monasterio agustiniano de Tagaste tenía un marcado acento contemplativo. Así ha quedado plasmado en la *Carta 10* de san Agustín, donde el Hiponense manifiesta sus intenciones más profundas a su amigo Nebridio, que no había podido acompañarlos en el proyecto monacal por razones familiares y por su frágil salud. En esta *carta*, san Agustín escribe, entre otras cosas, al amigo cartaginés, que su deseo era en ese momento, y también para el resto de su vida, *deificari (...) in otio*: quería **deificarse en el ocio santo**.

San Agustín usa la palabra latina *otium* en el sentido que esta tenía en los escritos clásicos, donde la vida activa en el mundo, dedicada a realizar diferentes actividades, particularmente manuales, se conocía como el *negotium*, mientras que la vida dedicada a la lectura, a la meditación y al diálogo sobre diversos temas humanísticos y filosóficos, recibía el nombre de *otium*, y constituía en el mundo clásico latino el ideal de vida para una persona libre. San Agustín retomará este concepto clásico para darle un **sentido cristiano**, donde el *otium* no será ya la meditación sobre temas filosóficos o humanísticos, sino sobre los misterios del Dios trino y la Sagrada Escritura.

Como puede verse por la *Carta 10*, san Agustín tenía en mente pasar el resto de su vida en el retiro del monasterio de Tagaste, dedicado a la **contemplación de las verdades eternas de Dios**, a la **composición de sus obras**, a la **vida de comunidad** y al **trabajo manual**. Así lo expresa el mismo san Agustín muchos años después en su obra *De opere monachorum*, al exhortar al trabajo a unos monjes “perezosos” (o mesalianos) que se habían establecido en Cartago. A estos monjes les señala que él no quiere imponerles una carga sin ser modelo de laboriosidad, y les confiesa sinceramente, que él preferiría vivir una vida monástica contemplativa, dedicada al estudio de la Escritura, a la oración y al trabajo manual, más que la vida pastoral y las cargas y responsabilidades que el ministerio episcopal conllevaba en el tiempo de san Agustín, particularmente la *episcopalis audientia* a la que hace explícitamente referencia en el texto. San Agustín dice así:

*Pero pongo por testigo sobre mi alma a Jesucristo, en cuyo nombre os digo sin recelo estas cosas, que, por lo que toca a mi comodidad, preferiría mil veces ocuparme en un trabajo manual cada día y a horas determinadas -como está prescrito en los monasterios donde rige la disciplina-, y poder disponer de las restantes horas del día libres para leer, orar, y escribir algo acerca de las divinas Escrituras, en lugar de tener que sufrir las zozobras y angustias de pleitos ajenos sobre asuntos mundanos, que hay que dirimir con una sentencia o cortar con una decisión personal<sup>1</sup>.*

### **Agustín, amante de la vida contemplativa**

Sin embargo, este sueño contemplativo de san Agustín se rompió y desapareció en gran parte en el año 391, cuando san Agustín viajó a la ciudad de Hipona para hacer una nueva fundación monástica y también para hablar con una persona que había manifestado su deseo de ingresar en el monasterio. En Hipona, en el marco de una celebración litúrgica, el **obispo Valerio** pidió a sus fieles que eligieran a un varón para que se convirtiera en su colaborador en el trabajo pastoral de Hipona como presbítero. Al estar ahí presente san Agustín, al conocer todos el tenor de vida que

---

<sup>1</sup> *op. mon.* 29, 37.

llevaba, fue materialmente “arrastrado” y obligado a convertirse en sacerdote. Las lágrimas que san Agustín derramó en ese momento no se debían a su ambición de que hubiera sido elegido solo para ser presbítero, y no obispo, como algunos pensaron, sino sobre todo por el hecho de que debía renunciar al *otium sanctum* para dedicarse de nuevo al *negotio*, a la vida en el mundo, aunque en esta ocasión dedicado ya no a servir a un emperador humano, como lo había hecho en Milán unos años antes, sino para servir al emperador del cielo en la labor de pastor de almas.

En este sentido es muy llamativo el *Tratado 57 de su comentario al evangelio según san Juan*, en el que san Agustín, al explicar el texto en el que Jesús lava los pies a sus discípulos (Jn 13, 1-20), recuerda que él también ya se había lavado los pies, en el sentido de que había dejado los negocios mundanos para dedicarse solo a Dios.

De hecho, san Agustín en este tratado del evangelio según san Juan relaciona el texto del lavatorio de los pies con el texto de *Cant 5, 1-5*, en el que el libro veterotestamentario presenta al esposo que llama a la puerta de la esposa, pero esta no le puede abrir, pues ya se ha lavado los pies, ya se ha quitado la ropa y se ha metido en la cama. Dicho texto le sirve a san Agustín para recordar los pasos de su misma vida, concretamente el itinerario que hasta ese momento había seguido el mismo Hiponate. Así, san Agustín ya se había quitado la ropa, pues se había desnudado del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo en el bautismo. San Agustín también se había lavado los pies. Y el lavatorio de los pies había sido de manera literal, ya que en la liturgia bautismal de Milán a los neófitos se les lavaban los pies una vez que salían de la piscina bautismal, dado que **san Ambrosio** tenía la costumbre de lavar los pies de quienes acababan de recibir el bautismo para borrar los efectos del pecado original. La teología ambrosiana tenía presente que el bautismo era para borrar los pecados personales, mientras que el lavado de los pies era precisamente para borrar los resquicios del pecado original. El texto del *Cantar de los Cantares* le traía a san Agustín los recuerdos de su propio bautismo y del momento en el que él había decidido dejarlo todo para consagrarse solo a Dios.

Junto con este elemento, el texto señala que la esposa del *Cantar de los Cantares* ya se había metido a la cama. Este hecho es interpretado por san Agustín como la opción que él había hecho de vivir una vida contemplativa, una vida en el *otium sanctum*. Efectivamente, san Agustín interpreta de esta manera el texto de Lucas 17, 34-35, en el que se dice que de dos que estén en el campo, uno será tomado y el otro dejado, de dos que estén en el lecho, uno será tomado y el otro dejado, de dos que estén en el molino una será tomada y la otra dejada. Para san Agustín los que están en el lecho son precisamente los que viven la vida monástica; son lo que se encuentran en la *quies*, en el descanso con Dios, en el *otium sanctum*:

*Quiso que se entendiese por los que estaban en el lecho los que amaron el reposo, pues por el lecho simbolizó el descanso; estos no se mezclan entre las turbas,*

*no se hallan en el alboroto del género humano; en el descanso sirven a Dios; y, sin embargo, de allí, uno será tomado y otro dejado*<sup>2</sup>.

Por ello san Agustín, al interpretar este texto a la luz de su propio recuerdo, señala que el hecho de que la esposa se encuentre en el lecho es paralelo al momento en el que él había decidido dejarlo todo para vivir en la vida del *otium sanctum*. No obstante, como apunta el texto de Ct 5, 1-5, el esposo llama a la puerta, y a pesar de la negativa inicial de la esposa de levantarse a abrir, finalmente ella misma se decide a abrirle al esposo, a pesar de que esto implique el volver a ensuciarse los pies.

San Agustín interpreta este texto de la Escritura haciendo el paralelo a su propia vida. Él también estaba en la cama y por la llamada de Cristo se vio obligado a levantarse del lecho y a ensuciarse de nuevo los pies en la vida del negocio, en este caso del “negocio” o de la actividad pastoral.

Así lo señala san Agustín en este interesante texto de los tratados del evangelio según san Juan:

*Llama, pues, a la puerta su voz y dice: «Ábreme, hermana mía, prójima mía, paloma mía, perfecta mía; porque mi cabeza está repleta de rocío y de las gotas de la noche mis cabellos», como si dijera: «Tú tienes tiempo, mas contra mí está cerrada la puerta; tú te afanas en el sosiego de pocos, mas al abundar la iniquidad se enfría la caridad de muchos» (...)*<sup>3</sup>

*Me lavé los pies; ¿cómo los mancharé? Puesto que leo y oigo: «Hermanos, no queráis muchos llegar a ser maestros, porque afrontáis un juicio más riguroso, pues en muchas cosas tropezamos todos», me lavé los pies; ¿cómo los mancharé? Pero he ahí que me levanto y abro. ¡Cristo, lávalos; porque no se ha extinguido nuestra caridad, perdónanos nuestras deudas porque también nosotros perdonamos a nuestros deudores! Cuando te escuchamos, en los cielos exultan contigo los huesos humillados; pero, cuando te predicamos, pisamos la tierra a fin de abrir para ti y, por eso, si se nos critica, nos perturbamos; si se nos alaba, nos inflamamos. Lava nuestros pies antes limpiados, pero manchados cuando a fin de abrir para ti marchamos por la tierra*<sup>4</sup>.

Podría pensarse que san Agustín una vez que había vivido durante muchos años dedicado a la labor pastoral, había olvidado su deseo primigenio de estar dedicado a la vida contemplativa, y esto no es así. San Agustín, al acercarse el final de su vida, convoca a todo el pueblo de Hipona para darle a conocer a quién ha elegido su sucesor en la cátedra de Hipona.

Cabe señalar que era costumbre en la Iglesia de aquel tiempo que los obispos eligieran a sus propios sucesores, y que lo hicieran en un acto público delante de todo el presbiterio y de todo el pueblo, para que el nuevo obispo contara con la

---

<sup>2</sup> *en. Ps.* 132, 4.

<sup>3</sup> *Io. eu. tr.* 57, 4.

<sup>4</sup> *Io. eu. tr.* 57, 6.

aprobación tanto del colegio presbiteral, como del mismo pueblo, de tal forma que cuando el obispo llegara a faltar, el nuevo obispo, una vez consagrado como tal, contara con el apoyo y la aprobación de todos.

Siguiendo este procedimiento, san Agustín convocó al pueblo y les manifestó a quién había elegido como su sucesor para la diócesis de Hipona, inmediatamente comunica al pueblo la razón de este nombramiento. Por una parte, es señal de su propia responsabilidad pastoral. No puede dejar a la Diócesis sin sucesor para evitar que a su muerte haya problemas con esta cuestión, y, por otro lado, san Agustín manifiesta su deseo de dedicar más tiempo a la contemplación, al estudio de la palabra de Dios. Para esto toma como pretexto el hecho de que los últimos concilios locales del norte de África le habían encargado que estudiase algunos temas desde la perspectiva bíblica, para manifestar este deseo.

En este episodio podemos ver aparecer de nuevo en el Obispo de Hipona su aspiración primigenia a la contemplación. San Agustín deseaba pasar los últimos años de su vida dedicado de nuevo a la contemplación de la verdad, a la contemplación de Cristo por medio de las Escrituras. Deseaba quedarse un poco más libre de las responsabilidades pastorales, descargándolas en parte en su sucesor, para poder dedicarse a la contemplación, al *otium sanctum*, si bien no de una manera total, como habían sido los tres años en los que había vivido en Tagaste del 388 al 391, pero por lo menos de una manera parcial:

*Pero ahora, con ayuda de la misericordia de Cristo, voy a hacer lo que hasta ahora no he hecho. Bien sabéis lo que hace algunos años quise hacer y no me dejasteis. En atención al estudio de las Escrituras, que los colegas en el episcopado, padres y hermanos míos, se dignaron imponerme en los dos concilios de Numidia y Cartago, convinimos vosotros y yo en que nadie me molestase durante cinco días de la semana. Se levantó acta y vosotros lo aclamasteis. Hago que se lea vuestro asentimiento y vuestras aclamaciones. Por muy poco tiempo se cumplió por lo que a mí respecta, pues en seguida volvisteis a irrumpir con violencia; y no se me permite dedicarme a lo que quiero. Antes y después de mediodía me atan los asuntos de los hombres. Os ruego y conjuro por Cristo que aceptéis que deje la carga de esas mis ocupaciones en este joven, es decir, en el presbítero Heraclio, a quien hoy designo como obispo sucesor mío en el nombre de Cristo<sup>5</sup>.*

A pesar de estos buenos deseos de san Agustín, su sueño de una vida contemplativa “parcial” o a “medio tiempo” se vio impedida por el sucederse de los acontecimientos históricos. El año 429 los vándalos cruzaron el estrecho de Gibraltar, y comenzaron la conquista sangrienta de las provincias romanas del norte de África. San Agustín tendrá entonces que posponer, por segunda vez, sus deseos de contemplación y de *otium sanctum* para estar al lado de su pueblo, ayudarle a superar sus temores y darle esperanza frente a la terrible amenaza vándala, que

---

<sup>5</sup> ep. 213, 5.

acabará desgajando definitivamente el norte de África del imperio romano en el año 439, en lo que algunos historiadores consideran la “primera caída del Imperio romano”, que de alguna manera preanuncia y adelanta la caída definitiva en el 476.

### ***Imágenes bíblicas de vida contemplativa***

Ya que san Agustín fue un gran amante de la vida contemplativa o de la vida del *otium sanctum*, abordamos a continuación en primer lugar, las diversas imágenes que nos da san Agustín de la vida contemplativa dentro de su obra. Posteriormente abordaremos las diferentes características que san Agustín atribuye a dicha vida contemplativa, centrándonos fundamentalmente en las **figuras de Marta y María**, tal y como aparecen en los *Sermones ad populum* de san Agustín.

En la obra de san Agustín podemos encontrarnos con diversos personajes bíblicos que dentro de la exégesis agustiniana se convierten en figuras y modelos de la vida contemplativa. Posiblemente los personajes más conocidos para representar los **dos tipos de vida, la activa y la contemplativa**, sean las dos hermanas de Lázaro de Betania, **Marta y María**.

San Agustín nos presenta sus características especialmente dentro de cinco de sus *Sermones ad populum*<sup>6</sup>, además de otros lugares de su obra<sup>7</sup>, donde ambas mujeres representan dos tipos de vida: **Marta la vida activa**, y **María la vida contemplativa**. Así, san Agustín señala que en Marta está representada la vida “laboriosa” y en María la “vida ociosa”<sup>8</sup>; en la vida de María ha quedado prefigurada la vida eterna, la vida de contemplación beata de Dios en la eternidad, mientras que en Marta está simbolizada la vida de este mundo, entre afanes y preocupaciones. Sin embargo, cabe señalar, en primer lugar, que san Agustín subraya que ambos tipos de vida tienen una fuente, que es Cristo. Cristo es el hontanar de la vida (*fons vitae*)<sup>9</sup> de la que surgen todas las vocaciones cristianas.

Esta última observación es fundamental para san Agustín, ya que para él **solo existe una vocación**, que es la vocación cristiana, la vocación a **seguir a Cristo**, y hay diversos modos de vivirla. Se trata de una cuestión teológica en la que san Agustín había profundizado en la polémica contra **Joviniano**, a finales del siglo IV y principios del V.

**Joviniano** era un monje que estuvo activo en Roma a finales del siglo IV, y que devaluaba la vida monástica por acentuar el valor y la importancia de la vida matrimonial, destacando de manera equivocada el valor del bautismo. Frente a la respuesta de san Jerónimo, quien acentuaba la importancia de la vida monástica frente a la vocación matrimonial, presentando la vida conyugal como una vocación de una categoría muy inferior a la vida monástica, san Agustín pondrá una nota de

---

<sup>6</sup> ss. 103, 104, 169, 179, 255.

<sup>7</sup> *trin.* 1,10, 20; *qu. eu.* 2, 20; *b. coniug.* 8, 8; *Io. eu. tr.* 15, 18; *Gn. litt.* 4, 4, 25; *c. ep. Pel.* 3, 7, 23.

<sup>8</sup> s. 104, 3

<sup>9</sup> *Idem.*

equilibrio en esta polémica, y mantiene que **la vocación cristiana solamente es una, seguir a Cristo**, pero que en la realización de dicha vocación hay diversos caminos.

San Agustín por su parte, siguiendo a san Pablo, señalará que la vocación monástica es mejor que la vida matrimonial, sin que esta sea mala, pero, que no tiene un bien tan excelente como la vida monástica (1 Cor 7, 38).

Por todo ello, es importante señalar que la fuente de la vocación es Cristo. Por otro lado, san Agustín toma en cuenta el aspecto eclesial. La vida monástica contemplativa no se conforma como una realidad marginal, sino que adquiere todo su sentido y valor en comunión con el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Así lo podemos ver en una obra contemporánea a la polémica de **Joviniano**, el *Contra Faustum*, donde san Agustín señala que los diversos tipos de vida se encuentran insertos dentro del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia<sup>10</sup>.

Una segunda pareja de hermanas que le sirve a san Agustín para hablar de la vida activa y contemplativa son **Lía y Raquel**. El principal comentario sobre esta pareja de hermanas se encuentra en el *Contra Faustum*<sup>11</sup>, con una validación de la exégesis y del valor del texto y de los personajes del Antiguo Testamento en contraposición a los maniqueos.

Una tercera pareja estaría constituida por los **apóstoles Pedro y Juan**. En cada uno de ellos ha quedado representada un estilo de vida. En Pedro más que la vida activa sería en general la vida de la Iglesia presente, mientras que en Juan quedaría representada la vida de la Iglesia celestial, es decir de la contemplación perfecta en el reino de los cielos<sup>12</sup>.

Una vez que hemos presentado las principales figuras usadas por san Agustín para presentarnos los diversos tipos de vida dentro del Cuerpo de Cristo, analizaremos a continuación algunas de las características que san Agustín atribuye a la vida contemplativa, siguiendo particularmente la figura de María de Betania, tal y como esta aparece en los *Sermones ad populum* de san Agustín.

### ***Algunas características de la vida contemplativa***

Como hemos señalado con anterioridad, san Agustín dedica cinco sermones, o parte de ellos, para hacer una alusión clara a las dos hermanas de Lázaro, Marta y María. En dos de estos sermones, san Agustín define la vida de María, la vida contemplativa con tres verbos.

Como esquema para nuestras reflexiones seguiremos los tres verbos del *Sermón* 179, 3: *vacabat, sedebat, audiebat* (vivía en el descanso santo, se sentaba, escuchaba). Dejaremos de lado, aunque haremos alguna referencia a los tres verbos que caracterizan a María y a la vida que ella representa en el *Sermón* 252, 2: *vacabat, discebat, laudabat* (vivía en el descanso santo, aprendía, alababa).

---

<sup>10</sup> c. *Faust.* 22, 52.

<sup>11</sup> Cf. c. *Faust.* 22, 52.

<sup>12</sup> Cf. *Io. eu. tr.* 124, 5.

## 1. Vacabat

### a. La conversión

La vida del *otium sanctum* es una vida en la que es preciso estar libre de las preocupaciones y afanes de este mundo. Por ello en el *Sermón* 103, san Agustín se vale de la cita del salmo 45, 11, según la versión bíblica que él usaba, donde el texto decía: *Vacate et videte quoniam ego sum Dominus*<sup>13</sup> (Descansad y ved que yo soy el Señor). No obstante, como señala san Agustín en este mismo sermón, para poder tener esta libertad y descanso en Dios, hace falta la conversión. Por ello señala el Hiponate que María había fijado su atención y su mirada en una sola cosa, es decir en Cristo, y que había dejado de lado, al mismo tiempo, la multitud de las cosas, es decir las cosas que no son una, sino múltiples, acentuando con ello que Dios es solo uno mientras que las criaturas siempre son multitud. Así dice san Agustín: “*miraba una sola cosa, renunciaba a muchas cosas*”<sup>14</sup>.

Por otro lado, en contraposición con Marta, María vive concentrada, recogida y orientada hacia Dios, mientras que Marta se encuentra con el ánimo disperso (*distenditur animus*)<sup>15</sup>, reclamada por las cosas materiales y perdida en medio de los avatares del tiempo.

Es curioso que san Agustín, para describir a Marta, utilice la misma expresión que ya había usado en el libro XI de las *Confesiones* para definir lo que es el tiempo, como una *distensio animi*<sup>16</sup>, como una dispersión o alargamiento del alma. Del mismo modo, Marta se encuentra reclamada y derramada hacia las cosas temporales, hacia la multitud, mientras que María está atenta hacia una sola cosa, hacia Dios:

*Son muchos, son diversos, porque son carnales, son temporales, y aunque son buenos, son transitorios*<sup>17</sup>

Esta condición de la conversión para poder acceder a la contemplación, para poder llegar a la vida contemplativa, aparece con más claridad en la contraposición entre las otras dos hermanas, Raquel y Lía en el *Contra Faustum*, donde san Agustín hace la interpretación exegética del nombre de Labán, como *Dealbatio*, (haberse blanqueado o hecho puro), para señalar que quien quiera llegar a Raquel, es decir a la contemplación, debe pasar y trabajar por ella, comenzando por una labor de seria conversión y purificación interior. Esta purificación tiene una meta, que es precisamente llegar a Raquel, es decir, a la vida contemplativa, o bien a la doctrina y conocimiento de la sabiduría. El camino queda claramente señalado por tres pasos: **la meditación de la palabra de Dios, el crecer y purificar el amor y, finalmente, dar a**

---

<sup>13</sup> s. 103, 3.

<sup>14</sup> s. 103, 5.

<sup>15</sup> *Idem*.

<sup>16</sup> *conf.* 11, 33.

<sup>17</sup> s. 103, 5.

**luz en el propio corazón a Cristo, que es la sabiduría de Dios.** Cabe señalar que san Agustín no se olvida de subrayar que este proceso de conversión es una gracia de Dios. Así lo señala el mismo san Agustín en el *Contra Faustum*:

*Labán, a quien sirvió Jacob para conseguir a Raquel, significa «acción de blanquear». (...) De esta manera, todo siervo de Dios útil, puesto en servicio bajo la gracia de la purificación de sus pecados, ¿qué otra cosa meditó en su vida, qué otra cosa gestó en su corazón, qué otra cosa amó, sino lo que enseña la sabiduría?»<sup>18</sup>*

### **b. Relativizar las cosas de la tierra**

Este *vacare in Deum*, la vida del *otium sanctum*, implica en quien la emprende, no solo la conversión, sino el llegar a relativizar las cosas de la tierra, sabiendo que el trabajo realizado entre las cosas que son múltiples pasa, junto con las cosas de este mundo, mientras que quien permanece para siempre es Dios, quien siempre es uno y no múltiple: “*pasa el trabajo en la multitud de las cosas, permanece la caridad de la unidad*”<sup>19</sup>. Para subrayar esta idea, san Agustín cita el salmo 5, 5: *Mane astabo tibi et contemplabor* (Por la mañana estaré en pie en tu presencia y te contemplaré). Se trata de ver la vida desde una perspectiva que podríamos calificar de “calderoniana”, pues la vida no es más que un sueño, y al llegar la mañana y la claridad del día, es decir la vida eterna, el creyente podrá presentarse con confianza ante Dios para contemplar la belleza de su rostro. De aquí la importancia de vivir siguiendo el consejo que san Agustín da en el *De Doctrina Christiana*:

*Este será el que tenga el amor ordenado de suerte que ni ame lo que no deba amarse, ni deje de amar lo que debe ser amado, ni ame más lo que se debe amar menos, ni ame con igualdad lo que exige más o menos amor, ni ame, por fin, menos o más lo que por igual debe amarse*<sup>20</sup>.

Por otra parte, quien vive la vida contemplativa y ha llegado a amar en su justa medida las cosas de esta tierra, es como María de Betania, pues ha escogido la mejor parte. Se trata de una parte o porción que no solo no le será quitada, sino aumentará y llegará a su perfección en el reino de los cielos. San Agustín usa para expresar esta idea un interesante juego de palabras que enlaza en una concatenación ascensional o climática. De este modo, la parte que ha escogido María, es decir quien vive la vida contemplativa, no solo no le es quitada (*auferetur*), sino que, en esta vida, por obra de la gracia, aumenta (*augetur*) y, finalmente, la contemplación de los misterios divinos llegará a su perfección y plenitud en la vida eterna (*perficetur*)<sup>21</sup>.

### **c. El sentido de la unidad**

---

<sup>18</sup> *c. Faust.* 22, 52.

<sup>19</sup> *s.* 104, 3.

<sup>20</sup> *doctr. chr.* 1, 27, 28.

<sup>21</sup> *s.* 104, 3.

Poder vivir la vida contemplativa significa que, como María, se ha descubierto lo único que es necesario. Para san Agustín esta sugerencia de lo único necesario le lleva a pensar en la unidad. Quien quiere vivir la vida contemplativa no solo ha escogido lo único necesario, sino que **debe vivir en la unidad, como testimonio de su elección de amor**. De este modo quienes viven en una comunidad dedicada a la contemplación deben vivir el reto de construir la unidad dentro de la comunidad y fuera de la comunidad con toda la Iglesia. Deben vivir siguiendo el ejemplo de la Santísima Trinidad, de tal forma que, a pesar de ser muchos, puedan tener un solo corazón.

Este reto de la unidad tiene diversas facetas y compromisos, que san Agustín especifica a través de varios textos bíblicos, como aparece en el *Sermón* 103, 4. Los primeros dos retos son presentados a la luz del texto de *Fil* 2, 2-3: *Unanimes, unum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam* (“[vivid] unánimes, en unidad de sentimientos, [no haciendo] nada por rivalidad ni por una gloria vana”), donde san Agustín destaca en el texto paulino, la invitación a tener un mismo sentir, es decir a poder tener todos dentro de una comunidad dedicada a la contemplación, una misma perspectiva en Cristo de los elementos que la propia comunidad, particularmente los elementos constitutivos o esenciales de la misma.

El segundo reto está orientado a las **intenciones de las acciones**. San Agustín siguiendo el texto del Apóstol, invita a actuar evitando una competencia humana, una rivalidad, en donde se buscan los primeros puestos y tener el protagonismo en la comunidad, en detrimento de los intereses de Cristo, o bien buscando en todo lo que se hace o dice en la comunidad, una gloria huera, es decir la vanagloria propia de este mundo. Ya que el modelo de la comunidad es la Trinidad, **el motivo de todas las acciones debe ser siempre el amor**, teniendo presente los dos consejos agustinianos, tanto en su comentario a la *carta a los Gálatas*, como del comentario a la *primera carta de san Juan*. En el primero, san Agustín dice: “*Ama y di lo que quieras*”<sup>22</sup>; en el segundo, y más conocido: “*ama y haz lo que quieras*”<sup>23</sup>.

Un segundo texto que le sirve a san Agustín para presentar otros retos para construir la unidad en quienes quieren vivir una vida de contemplación en comunidad es el de *Jn* 17, 1, a saber, el inicio de la oración sacerdotal de Cristo: *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus* (“Que sean uno, como nosotros somos uno”). De nuevo, **el modelo a imitar es la Trinidad**, la unidad del Padre y del Hijo, donde se pone de manifiesto de manera tácita la importancia de evitar las divisiones y los sectarismos, nacidos, como expresa san Agustín, de la soberbia y del deseo de prevalecer o dominar; en una palabra, donde prevalece la *libido dominandi*, como sucedió en Babel, donde, según la exégesis agustiniana, la causa de la división de las lenguas no solo fue la soberbia, sino también las divisiones internas que se habían

---

<sup>22</sup> *exp. Gal.* 57.

<sup>23</sup> *ep. Io. tr.* 7, 8.

dado ya entre los seres humanos por su deseo de tener poder y su apetito desordenado de mandar<sup>24</sup>.

Un tercer texto para reflexionar sobre los retos de la unidad en la vida contemplativa es el texto clásico de *Hch 4, 32: Multitudinis autem credentium erat anima una et cor unum* (“La multitud de los creyentes tenía un alma y un corazón”). Quienes viven en una comunidad dedicada a la contemplación deben aspirar a tener una sola alma y un solo corazón. En este caso, la cita de *Hch 4, 32*, es hecha de una manera especial, ya que a pesar de aparecer el orden “agustiniano” de los elementos (el alma primero y el corazón al final), en el que orden lucano del libro de los Hechos de los Apóstoles se invierte, se echa de menos el añadido propiamente agustiniano, el famoso *in Deum*, elemento que le hubiera dado mucho juego al Hiponate dentro del mismo *Sermón 103*, ya que ratificaría el tema del que está hablando, la **unidad dirigida hacia Dios**. Por ello, junto con Hombert<sup>25</sup>, quien para datar dicho sermón se basa principalmente en el texto de 1 Cor 9, 11, nos vemos obligados a dudar de que fuera predicado en el año 403. Posiblemente esta cita de *Hch 4, 32*, sea un motivo para buscar una datación más temprana para dicho sermón.

Sea como sea, lo importante es que el reto de toda comunidad dedicada a la contemplación es llegar a tener, en primer lugar, **una sola alma**, es decir un solo pensamiento en los elementos esenciales de la vida de la comunidad, y al mismo tiempo, tener **un solo corazón**, a saber, no tener otro afecto que dirija y que rija las relaciones intra y extracomunitarias fuera del amor de Dios.

El último texto es el del salmo 33, 4: *Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen eius in unum* (“Ensalzad al Señor conmigo, exaltemos su nombre en unidad”). El reto que plantea este texto sería poder hacer de la misma unidad de la comunidad, **una alabanza viva a Dios**, donde los hermanos viviendo en armonía, alaban a Dios pues los hermanos mutuamente se exhortan a ello.

#### ***d. El sentido escatológico de la contemplación (Ad requiem per laborem)***

San Agustín pone también de manifiesto el valor escatológico de la vida contemplativa, ya que su tenor de vida, prefigurada en María de Betania, adelanta el tipo de vida que se llevará en el reino de los cielos, donde se podrá vivir una contemplación inefable y llena de gozo<sup>26</sup>.

De hecho, según el pensamiento de san Agustín, María de Betania ya había comenzado a poseer aquello que se va a contemplar en la vida futura, es decir, al mismo Dios, y esto era posible porque se adhería totalmente a Dios, encontrando en esto su propio bien y felicidad. Todo esto lo ratifica san Agustín con la cita del Salmo

---

<sup>24</sup> Cf. *doctr. chr.* 2, 4, 5.

<sup>25</sup> P.-M. Hombert, *Nouvelles Recherches de Chronologie Augustinienne*, Paris, Études Augustiniennes, 2000, 378.

<sup>26</sup> Cf. *s.* 104, 7.

72,28, *Mihi autem adhaerere Deo bonum est* (“para mí lo bueno es adherirme a Dios”). De alguna manera este texto bíblico haría alusión al pasaje de las *Confesiones* en el libro X, que se convierte en un itinerario espiritual o programa de vida: “Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, ya no habrá para mí más dolor ni trabajo, y mi vida será viva, toda ella llena de ti”<sup>27</sup>.

La figura de María de Betania recuerda también a quien vive la vida contemplativa, que estamos todavía en **tiempo de peregrinación**, que no hemos llegado a la meta, en donde la visión de Dios será completa. Por ello es preciso por medio de los trabajos y tribulaciones de esta vida, de esta peregrinación, llegar a la plenitud de la contemplación del misterio de Dios. Todo ello queda resumido por la frase, *ad requiem per laborem*, **llegaremos al descanso por medio del trabajo, del esfuerzo**.

La vida contemplativa, como peregrinación, debe recordar que cada día se va haciendo camino hacia la patria, y san Agustín en *Sermón 104* usa una imagen marítima para hablar del viaje hacia Dios. Por ello señala san Agustín que todos somos marineros, que nos dirigimos por medio de la *barca de la cruz* hacia el reino de los cielos, atravesando el mar de este mundo, evitando sus seducciones y sus halagos para poder llegar al puerto seguro de la vida eterna, de la eterna contemplación de Dios. San Agustín lo resume con una frase lapidaria: *crucis legno portamur* (“somos llevados por el árbol de la cruz”)<sup>28</sup>.

## 2. Sedebat

Un segundo verbo usado por san Agustín para describir la vida de María de Betania como figura de la contemplación es *sedebat*, estaba sentada, como nos dice el texto de san Lucas, a los pies de Jesús para escucharlo (Lc 10, 39). De hecho, este segundo verbo es correlativo con el segundo verbo que nos ofrece el trío del *Sermón 255*, a saber, *discebat*, es decir, aprendía. María dócilmente sentada a los pies de Jesús, aprendía del Maestro.

### a. Humildad

Un primer elemento que san Agustín destaca a partir de este verbo y de esta postura en la que María de Betania escuchaba a Jesús, es que estar sentada significa la humildad que debe tener todo el que se dedica a la contemplación. Debe ser como un valle que se ha abajado para que pueda descender a él, el agua que viene de lo alto. Por el contrario, quien se ensalza a sí mismo es como un monte, hinchado de soberbia, y del que el agua de la gracia resbala y deja seco. De aquí la importancia de la humildad:

---

<sup>27</sup> *conf.* 10, 39.

<sup>28</sup> *s.* 104, 7.

*Se hallaba sentada a los pies de nuestra cabeza: cuanto más abajo estaba sentada, tanto más recibía. En efecto, el agua se desliza hacia el valle, se resbala del tumor (de la soberbia) de las colinas<sup>29</sup>.*

### **b. La perseverancia**

El hecho de que María estuviera sentada a los pies de Jesús le lleva a san Agustín a comparar la postura de esta discípula de Cristo con la del discípulo amado junto a la cruz del Maestro (*Jn* 19. 26). Así, mientras el discípulo amado está en pie, ella permanece sentada. Por ello san Agustín observa que ella está sentada con respecto al cuerpo, pero está de pie en lo que respecta al espíritu, interpretando la postura erecta como señal de persistencia o de perseverancia<sup>30</sup>.

Quien quiere ser como María de Betania y vivir la vida contemplativa, debe pedir a Dios la gracia de la perseverancia; no se trata solo de un compromiso temporal, sino de toda la vida, en la que hace falta solicitar la ayuda de Dios para poder estar siempre de pie junto al Señor, es decir perseverar en su servicio, perseverar en la contemplación y todo lo que ella implica.

### **c. Era alimentada**

Un tercer elemento que san Agustín deduce del hecho de que María estaba sentada a los pies de Jesús, es que ella era alimentada por el mismo Señor, se saciaba de las migajas de la mesa del Maestro, viviendo la bienaventuranza por la que son felices los que tienen hambre y sed de la justicia, porque serán saciados (*Mt* 5, 6). Se trata de un texto al que se refiere específicamente san Agustín en el *sermón* 103. En este mismo sermón, jugando con dos palabras latinas, señala que María de Betania, y como ella quien se dedica a la vida contemplativa, se debe nutrir con el pan bajado del cielo. Se trata de un pan que alimenta, que nos invita a la conversión y la reforma de nuestro propio ser (*reficit*), y a la vez, nunca disminuye ni decae (*non deficit*).

De hecho, el alimento que María de Betania recibía sentada a los pies de Jesús, no era otro que aquello que constituye el deleite y el gozo del corazón de todo ser humano, pues, como señala el mismo san Agustín, “*tú nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*”<sup>31</sup>. Se trata concretamente, de la **luz de la verdad**, por una parte y, por otro lado, de la **confluencia de la sabiduría de Dios**. Todo ser humano desea conocer la verdad; en la vida contemplativa esta aspiración profunda de toda persona queda saciada, a la vez que recibe la misma sabiduría de Dios, que ilumina y transforma la vida de la misma persona, para que pueda dirigir sus pasos por el camino de Dios hacia la salvación.

---

<sup>29</sup>s. 104, 3.

<sup>30</sup> Cf.s. 179, 3.

<sup>31</sup> *conf.* 1, 1.

### 3. Audiebat

Un tercer verbo usado por san Agustín para describir la actitud de María de Betania es el verbo *audio* (escuchar). María de Betania estaba a los pies de Jesús para escuchar, con oído ávido y bien dispuesto, las palabras de Jesús (Lc 10, 9).

#### a. Silencio

Un primer elemento subrayado por san Agustín es la necesidad del silencio. Para poder escuchar y acoger la palabra de una persona y del mismo Dios, hace falta silencio. En medio del ruido y del bullicio de la gente no se puede escuchar a Dios. Por eso señala san Agustín que es difícil hallar a Jesús en medio de la muchedumbre, de los ruidos y de la dispersión; hace falta silencio: *“Es difícil ver a Cristo en la multitud. Es necesaria para nuestro espíritu cierta soledad. Dios se deja ver cuando nuestra atención ha conseguido una cierta soledad. El gentío hace ruido, y esta visión exige silencio”*<sup>32</sup>.

De hecho, en el *Sermón* 169, 17, san Agustín señala que María de Betania había elegido la mejor parte, porque había elegido vivir de la Palabra de Dios, es decir del Verbo de Dios, Cristo. Se trata de una vida en la que no debe resonar ninguna palabra humana, para poder escuchar siempre la Palabra de Dios, la palabra de quien es el Verbo del Padre.

Solamente en el silencio del recogimiento interior y exterior, se puede contemplar a Dios en este mundo, con la esperanza de llegar a contemplarlo en la vida futura como él es en realidad. Para ilustrar este misterio, san Agustín cita el texto de *1 Jn* 3, 2: *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est* (“Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es”). En esta vida lo podemos contemplar entre velos y sombras, con la ayuda de la gracia de Dios; en la otra vida lo veremos como él es. Por ello, el silencio es la condición de posibilidad de la contemplación en esta vida.

En este mismo contexto de silencio y de contemplación, san Agustín vuelve a citar el Salmo 5, 5, *Mane astabo tibi et contemplabor* (“Por la mañana estaré en tu presencia y te contemplaré”). El silencio tiene la recompensa de la contemplación; después de la noche de esta vida, al llegar la mañana, es decir la vida eterna, podremos estar en la presencia de Dios y contemplar su misterio para siempre.

#### b. La doctrina de la salvación

Por otro lado, san Agustín se pregunta qué es lo que escuchaba María de Betania mientras estaba sentada a los pies de Jesús; y él mismo responde que lo que escuchaba, con un deseo vehemente, era la doctrina o conocimiento de la salvación. Se trata de aquellas cosas que van conformando la **sabiduría del corazón**, para que el mismo corazón se configure con Cristo en el proceso de deificación, de

---

<sup>32</sup> *Io. eu. tr.* 17, 11.

cristificación. San Agustín también señala que aquello que escuchaba María de Betania era la ciencia de la salvación, es decir lo que es preciso saber y hacer para no alejarse del camino que conduce a la salvación, y así poder colaborar en todo momento con la gracia para secundar las inspiraciones de Dios y alcanzar de este modo la salvación.

### ***c. El gozo de la vida contemplativa***

Pero María de Betania no solo escuchaba con corazón atento las palabras de Jesús, sino que estas mismas palabras se convertían para ella, en el gozo de su propia vida. Para señalar este aspecto san Agustín cita el texto del Salmo 50, 10: *Auditui meo dabis gaudium et laetitiam, et exultabunt ossa humiliata* (“A mi oído darás gozo y alegría, y exultarán los huesos humillados”). Así como la palabra de Cristo era para María de Betania, desde la perspectiva de san Agustín, motivo de gozo y de alegría, lo mismo debe ser para quien vive la vida contemplativa, descubrir en la palabra de Dios cotidiana, el gozo y la alegría del propio corazón. De alguna manera expresa este mismo pensamiento dentro de las *Confesiones* con la frase lapidaria: *vox tua gaudium meum*, tu voz es mi gozo. Y sigue diciendo san Agustín, dentro de este texto de las *Confesiones*: *Da quod amo: amo enim*. (“Dame lo que amo, pues lo amo”<sup>33</sup>). Quien es como María de Betania debe vivir el gozo de recibir y acoger cada día la palabra de Dios, como la luz de los ojos y como el gozo del corazón que hace crecer en el amor.

Y esta palabra de Dios le debe proporcionar al contemplativo tal alegría que incluso los elementos dolorosos y difíciles, representados por los “huesos humillados” del Salmo 50, 10, citados explícitamente por san Agustín, no son motivo para perder la alegría, sino que, por el contrario, esos huesos humillados, es decir esas tribulaciones, pueden ser superadas por el mismo gozo de la palabra de Dios recibida, meditada y vivida por la gracia de Dios.

## **Conclusión**

San Agustín fue siempre un enamorado de la vida contemplativa y a pesar de sus múltiples ocupaciones como obispo de Hipona, nunca abandonó su proyecto contemplativo, y buscaba momentos y horas para el encuentro en profundidad con Dios.

Las obras agustinianas están llenas de referencias y de reflexiones en torno a la contemplación, partiendo de sus propios esquemas platónicos y neoplatónicos en las primeras obras, hasta los mismos esquemas cristianos de las últimas obras.

En el presente artículo nos hemos centrado en la figura de María de Betania como símbolo de la vida contemplativa y de la persona que se dedica a la

---

<sup>33</sup> *conf.* 11, 3.

contemplación dentro de la Iglesia. Siguiendo el esquema de los tres verbos - *vacabat, sedebat, audiebat*- que nos ofrece san Agustín en el *Sermón* 179, 3, para referirse a María de Betania, hemos ofrecido diversas reflexiones en torno a estos verbos como consecuencias y compromisos de la vida contemplativa.

De este modo, con relación al primer verbo (*vacabat*), hemos puesto de manifiesto en primer lugar, la importancia de evitar la dispersión, contraponiendo las figuras de las dos hermanas, Marta y María, así como el compromiso de relativizar las cosas de la tierra, sabiendo amar lo que debe ser amado y no amar lo que no tiene que ser amado. Posteriormente hemos señalado el reto de construir la unidad. Quien vive la vida contemplativa está llamado a vivir una profunda unión con Cristo, y a la vez con su propia comunidad y con la comunidad de toda la Iglesia. Para san Agustín la contemplación no convierte a la persona en alguien ajeno a los acontecimientos del mundo, sino que por el contrario la misma contemplación le une y hermana a todos los seres humanos en el cuerpo de Cristo.

Finalmente, hemos puesto de manifiesto los elementos escatológicos que señala san Agustín al hacer referencia a María de Betania como figura del contemplativo.

Al abordar el segundo verbo, *sedebat*, hemos destacado la humildad como condición necesaria para la contemplación, así como la perseverancia de la vida de contemplación, como una gracia que es preciso pedir cotidianamente al Señor. En tercer lugar, hemos apuntado cómo María era saciada en su interior por la doctrina de Cristo, y cómo quien vive la contemplación no solo debe tener hambre y sed de la palabra de Cristo, sino también percatarse de cómo de ella le viene la sabiduría de Dios y la luz de la verdad.

Finalmente, con relación al tercer verbo, *audiebat*, hemos señalado la importancia del silencio como condición para acoger, escuchar y escrutar la palabra de Cristo. En segundo lugar, hemos hecho referencia al gran deseo que tenía María de Betania en su corazón de escuchar a Cristo, deseo vehemente que debe estar presente en todo contemplativo. Finalmente hemos señalado cómo san Agustín acentúa la alegría que todo contemplativo debe encontrar en la palabra de Dios, para que realmente se cumpla lo expresado por san Agustín en las *Confesiones* de manera braquiológica: *Vox tua gaudium meum*, tu voz es mi gozo.